

NECROLOGIA

EL DR RAFAEL SOTO ALLANDE "IN MEMORIAM"

DR. CARLOS COQUI

Pagar el tributo mayor, es morir.

CUANDO EL AFECTO se ha convertido ya en una de las más fuertes ligaduras entre los seres humanos y los sentimientos se fijan más hondamente, la desaparición de uno de ellos nos estremece de manera extraordinaria, originando tal sacudimiento la tristeza y las lágrimas. Y si los sentimientos son aún más profundos, como aquellos que se significan en las familias, todavía son más vigorosas las reacciones sentimentales por el amor que los une.

La muerte de un hombre es siempre lamentable cuando es valiosa su actividad, nobles sus sentimientos, importante su personalidad y fecunda su vida, y lo es también si tan sólo concurre en él algún factor por virtud del cual se le aprecie, o que, simplemente, radique en algún corazón, careciendo, no obstante, de atributo cualquiera que éste fuese. Es decir, que humanamente morir hunde en el desconsuelo a los amigos y a los seres más allegados por la sangre. Mas la sentencia es ineluctable: *Pagar el tributo mayor, es morir.*

En la vida, los hombres adquieren posiciones tanto más relevantes, cuanto mayor es su saber, y su personalidad científica, que se han logrado por el estudio constante, por la abnegada dedicación y por el interés de prestar a los demás la utilidad que los menos capacitados demandan de aquellos que han pisado los más altos peldaños de la escalinata deslumbrante en que se les contempla con beneplácito, porque se han constatado sus aciertos, sus desprendimientos y su acción general, identificando sus impulsos para el bien común. Tales hombres, sin embargo, son los predestinados a las cosas superiores, y cuando ellos mueren nuestros corazones se estremecen sin que nada pueda mitigar el dolor que se experimenta en trances tan penosos.

Tal es nuestra situación moral al morir, hace días, el ilustre doctor don Rafael Soto, eminente pediatra, distinguido miembro de esta corporación, que descendió a la tierra para reposar silenciosamente, definitivamente, pagando el

inexorable tributo a la Madre Naturaleza. Pero este descendimiento lacera tanto nuestros corazones que al soportar el dolor se da una prueba de estoicismo, pues que sin manifestaciones externas nuestro espíritu está inundado por las lágrimas.

Poseyó el desaparecido académico, mi amigo y compañero Rafael Soto, dotes extraordinarias en todos sentidos. Lo califico de hombre valioso que fue en los campos de la Medicina en nuestro país, pues fue un gran pediatra de talento y de excepcionales aptitudes, salvando con ellos las vidas de innumerables niños cuyos progenitores imploraron su intervención, anhelantes y confiados, porque en sus manos las esperanzas se trocaban en realidades felices, dadas las capacidades que le caracterizaron.

Rafael Soto y yo nos conocimos al cursar los mismos años en nuestra querida Escuela Nacional de Medicina y ambos pertenecemos a la Generación 1923-1928. En ocasiones convivimos en el terreno profesional, él como pediatra y el que ésto escribe en la Radiología, que es mi dedicación apasionada; encontrándonos nuevamente en esta Academia, donde presentó importantes trabajos.

Quiero aseverar que fueron tales las dotes del Dr. Soto, que en su calidad de pediatra alcanzó la más brillante posición. De esta manera, al ausentarse definitivamente del mundo, México sufre una pérdida irreparable. Y lo es en realidad, pues estoy seguro de que la noticia de su deceso llenó de pena a todos aquellos que lo conocimos y más a los que lo trataron, que poseyeron el conocimiento de su benéfica acción.

Ahora bien, si desde la tribuna pública hemos sostenido que el médico es el Centinela, siempre atento a la voz de alarma, indudablemente que el Pediatra, en las avanzadas de la Medicina, representa un papel preponderante y Rafael Soto lo fue, y que, dueño de una gran experiencia, de sabiduría médica y con las virtudes que le caracterizaron, ocupó un lugar de los más significativos que hoy, sin embargo, queda acéfalo por el golpe funesto que lo llevó a la tumba, donde nuestras palabras no son ya oídas y, por tanto, no tienen respuestas.

La muerte la lloramos profundamente, la sentimos en lo más hondo de nuestra alma. La tristeza que nos invade, es seguro que nos acompañará constantemente al recordarlo; mas, estamos seguros de que desde ultratumba, ocupará el sitio digno del buen ciudadano, del buen amigo, del gran Médico, del ilustre Pediatra y Académico que hizo el bien en el orden afectivo, en el profesional y científico.

Estamos seguros, también, de que al abandonar este lugar, nosotros seguiremos sufriendo la pena de su ausencia, ya que no lo veremos más. Sin embargo, si materialmente nuestra comunicación ya es imposible, en nuestra mente permanecerá siempre.

Que descanse en paz el desaparecido, Dr. Rafael Soto Allande.